



Maradei, Guadalupe y María Celia Vázquez. "Introducción. Cuerpos vibrátiles de la crítica".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2021, vol. 10, n° 23, pp. 3-8.

Introducción. Cuerpos vibrátiles de la crítica

Introduction.
Vibrational bodies of criticism

Guadalupe Maradei¹
María Celia Vázquez²

Recibido: 09/09/2021
Aprobado: 01/10/2021
Publicado: 08/11/2021

Es notable, en las últimas décadas, cómo ha logrado afianzarse la idea de un “ocaso de la crítica”, fundada o en el diagnóstico de un momento de “eutanasia” (Lavagetto) en el que la hiperespecialización la ha encerrado sobre sí misma y ha consumido su energía, o bien, en la necesidad de transitar hacia una “poscrítica” (de Sutter), ya que, en sus inflexiones contemporáneas, la crítica –según tales balances– se ha conformado con su “función

¹ Licenciada en Letras, Doctora en Filosofía y Letras, Posdoctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente regular de grado y posgrado y como investigadora en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” y en el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género. Se especializa en teoría literaria, teoría cultural y estudios de género. Realizó estudios posdoctorales en Humboldt Universität zu Berlin y en New York University. Obtuvo becas de CONICET, ANPCyT, DAAD y Fulbright Program. Actualmente, dirige el proyecto de investigación FiloCyT “Crítica de la literatura, crítica de la cultura.” Ha publicado artículos en revistas especializadas de España, Alemania, Estados Unidos, Brasil, Cuba y Argentina y los libros *Contiendas en torno a canon. Las historias de la literatura posdictadura* (2020), *Historias de la literatura: asedios desde el Sur* (2018), *Parra virgen* (2012). Fue editora de la revista *ramona* (2006–2010). Contacto: guadalupemaradei@gmail.com

² Licenciada y Profesora en Letras (Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina). Magister en Letras Hispánicas (Universidad Nacional de Mar del Plata) y Doctora en Humanidades y Artes (Universidad Nacional de Rosario). Se ha desempeñado como Profesora Titular en las asignaturas “Teoría y crítica literaria” y “Metodología de la investigación literaria”, Universidad Nacional del Sur. Ha desarrollado una profusa tarea de dirección de proyectos grupales de investigación vinculados a los estudios críticos de la literatura argentina contemporánea. Ha publicado artículos en revistas especializadas de Estados Unidos, España, México, Colombia, Chile y Argentina. Es autora de *Victoria Ocampo, cronista outsider* (Beatriz Viterbo y Fundación Sur, 2019), ha dirigido el volumen colectivo: *Debates intelectuales en torno del peronismo clásico* (Ediuns, 2011). Asimismo, ha compilado con Alberto Giordano, *Las operaciones de la crítica* (Beatriz Viterbo Editora, 1998) y con Sergio Pastormerlo, *Literatura argentina. Perspectivas de fin de siglo* (Eudeba, 2001). En 2017, obtuvo una mención honorífica, categoría ensayo, Fondo Nacional de las Artes. Contacto: vazquezmariacelia@gmail.com



legitimadora”, con su “ombligismo” y, desde ciertas perspectivas, con su rol de “policía del discurso”.

Estos pronósticos, forjados en países que se perciben a sí mismos como la cuna de la cultura occidental y de una (única) Modernidad que dio origen a su restringida concepción de la crítica, contrastan con la vitalidad inquieta e impune de las escrituras críticas en nuestra región.

Desde la intuición de que tales profecías funcionan en muchos casos como pretextos para aportar dramatismo, justificar perezas, o atraer la atención, pensamos este dossier como un micrófono abierto que pudiera captar distintas modulaciones de la imaginación crítica contemporánea en una partitura provisoria, un cuerpo de notas altisonantes que intenta registrar emisiones, zumbidos, vibraciones, que el encuentro no siempre armónico entre la lenguas de la crítica y la lenguas de la literatura genera.

Inscribimos nuestras escuchas críticas en la línea ética que propone Judith Butler, para quien la actividad crítica está ligada ante todo a la “suspensión del juicio”, pero no porque aspire a alcanzar una posición crítica pura, trascendente, separada de toda actividad crítico-política, tal como pretendía Kant. Para Butler, más que aspirar a reponer el juicio como ley de leyes, la crítica tiende a inaugurar una práctica nueva, la que, tal como soñaba Foucault, transgrede los límites del conocimiento. Es decir, comprendemos la crítica como producción de un saber que es simultáneamente histórico y transformador de la relación entre textos e instituciones en la medida en que pone en escena a las obras como interpretación, pero también como puesta en acto.

¿Qué dicen las voces reunidas en el dossier? ¿Qué sentidos más allá de las diversas entonaciones convoca la caja de resonancia? ¿Qué escuchamos las compiladoras? Para empezar, no reconocemos estridencias, pero sí que sube el volumen –gracias a su insistencia– la expresión de la inquietud en torno a cómo contravenir la reproducción de los “veredictos sociales” (Eribon) acerca de las identidades asignadas y los roles estereotipados impuestos por ellas. Pero, sobre todo, lo que nosotras percibimos son los sonidos que emiten, al deslizarse entre los trabajos, los hilos de sentidos que van tejiendo la trama crítica de la crítica. Mucho más que comprender un estado de las cosas nos interesa rastrear cuáles son las constelaciones que dibuja esa trama. Creemos que, leído en su conjunto, el dossier diagrama figuras móviles que varían según sean los itinerarios señalados, primero, y los gestos o ademanes críticos que se ponen al descubierto, luego.

Annick Louis desacopla la idea del valor literario de la idea de literatura nacional. Si el valor literario es contingente en la medida en que responde a las necesidades de una comunidad dada en un momento determinado, el comparatismo disciplinario es el protocolo de lectura que habilita una escucha expansiva –que desborda la cultura nacional y sus exigencias identitarias que en ocasiones adjudican a la literatura un carácter patrimonial– de los discursos formadores de valor en los procesos de definición de objetos y constitución de corpus de los estudios literarios contemporáneos.

Nora Domínguez proyecta antes que una idea *un ideal* de la crítica, o, mejor dicho, de lo que ella desea que sea o de lo que el deseo hace de ella como crítica. Se abre a la posibilidad de pensarla más allá de los textos, los modos de leer y escribir; en rigor la concibe como una praxis en movimiento que busca salirse de sí misma para imbricarse con otros actores y actrices, instituciones y proyectos. Al establecer articulaciones entre lecturas, escrituras, performances callejeras, reconfigura el corpus crítico como un cuerpo colectivo y plural que responde en su conjunto –aún con tensiones– al impulso de crear acciones que son ellas mismas colectivas. En ese sentido, para Domínguez no se trata de ensayar una crítica sobre la marea feminista, sino que la crítica feminista forma parte de la marea. Al salirse de sí misma, la práctica crítica se desplaza hacia afuera, desborda el ámbito privado de la lectura y escritura para integrarse a “un espacio público transformado, convertido en un renovado territorio de intervención”. Los

afanes políticos de la crítica se corresponden menos con la búsqueda de legibilidad o visibilidad para las mujeres y sus prácticas estético-literarias que con la experimentación creadora de otros espacios, subjetividades y discursos. Desde una voz autobiográfica que exhibe su propia interpelación (*Nelly Richard, yo misma*), en una operación semejante a la que realiza la crítica trasandina con la escena de avanzada chilena, Domínguez responde a la pregunta arqueológica de cómo emerge un problema –los estudios de género en sus articulaciones con la literatura– que no es lo mismo que señalar la novedad de un tema, un procedimiento inmanente o un diálogo intertextual, sino un movimiento más envolvente que abraza lo social y lo político sin perder especificidad.

Jorge Luis Peralta aprecia las intervenciones críticas de Leopoldo Brizuela como un gesto pionero de puesta en acto de una perspectiva de la disidencia sexogenérica aunque, más que su carácter innovador, aquello que le interesa resaltar es la potencia que irradia una ética de lectura que nosotras llamaríamos “ensayística”, que renuncia a dejarse seducir por las modas, al mismo tiempo que rehúye de los reduccionismos y esencialismos. Le adjudica la misma fuerza disruptiva a ese otro gesto que consiste en desanudar la alianza entre mirada homoerótica y políticas identitarias. En síntesis, a Peralta le importa la figura del ensayista escritor que encarna Brizuela porque se anima a exponerse a la alteridad para llegar a reconocerse a sí mismo. En ese sentido, a su juicio, se evidencia una lectura sagaz, ajena a las ideas de fijación y unicidad propias del identitarismo; en esa línea argumentativa pone en valor la torsión que introduce Brizuela al identificarse con el linaje de escritoras como Sara Gallardo o Elvira Orpheé, en medio de su búsqueda de un lugar alternativo desde donde pensarse a sí mismo en tanto escritor.

Por su parte, Ana Rocío Jouli descubre que la producción ensayística de Diana Bellessi, al igual que su tarea como traductora, impulsa el armado de una genealogía para la poesía argentina escrita por mujeres, en el centro de una tradición en la que se inscribe ella misma como poeta. De acuerdo con su interpretación, los ensayos constituyen intervenciones críticas que proponen otros modos de ordenar la historia literaria, en un movimiento de lectura que mira hacia el pasado, en busca de las antecesoras, hacia el presente, en la escucha de la pequeña voz del poema, y hacia el futuro, en el diálogo con las poetisas y lectoras que conforman su “linaje y familia”.

Otra es la figura que dibuja el reconocimiento común del valor táctico que posee, para los críticos, la construcción de una posición de sujeto insumisa que podría llegar a estar ocupada por sujetos *disidentes*, como observa Peralta a propósito de Brizuela. ¿A qué responderían si no a esta convicción los recursos de la primera persona y la clave autobiográfica a los que se anima Domínguez para ensayar otra moral de la escritura? Las líneas del ensayismo literario esbozan otra figuración. Así como la escena de lectura con sus hipótesis, presupuestos y fundamentos, se manifiesta (no importa si deliberadamente o no) como un elogio del ensayo, en el caso del primero; el campo de la escritura se experimenta como un acto de autoinspección al modo de Montaigne, en el caso de la segunda. Del vector Domínguez vemos abrirse dos líneas.

Una se bifurca hacia el trabajo de Fermín Rodríguez, quien también apela a lo biográfico, aunque ya no como valor táctico de la escritura, sino más bien como inscripción de la experiencia personal en el objeto de lectura. Menos que construir una posición de sujeto, el crítico vuelve a vivir, revive la propia precariedad de aquellos años. Modula una lectura biopolítica de los años 90 y principios del 2000 que busca ensamblar una serie de escrituras que encuentran en la vida precaria su política. La precariedad es el impulso fundamental de una serie de textos de fines del siglo XX y comienzos del XXI que encarnan la vulnerabilidad de lo viviente, relacionando la precarización como instrumento de gobierno con mutaciones del lenguaje, la visión y la percepción generadas por la crisis, y que sobreviven a la catástrofe para contar lo que pasó y emitir, más allá del fin de la historia, las señales de vida de una literatura por venir.

La otra línea se orienta hacia la crítica propiamente dicha. Son dos los trabajos que en el conjunto exhiben una marcada disposición a la reflexión en segundo grado. Domínguez intercala sucesivas concepciones tendientes a redefinir la práctica. Malena Pastoriza explora la consagración de la literatura Juan José Saer como operación de Beatriz Sarlo y María Teresa Gramuglio pero, al mismo tiempo, observa cómo esas operaciones se desdoblaron en actos performativos mediante los cuales las críticas se agencian el lugar y la función que las identifica en cuanto tales en el campo literario argentino. “El valor de lo ilegible” postula que, en los textos que ellas dedican a la obra del escritor durante los sesenta, setenta y ochenta, es posible rastrear modulaciones de una insistencia: la literatura *saeriana* es singular porque resiste a los códigos de legibilidad de la época. Así, el énfasis en el carácter ilegible de su obra demanda una tarea fundamental para la crítica: apostar por su singularidad a fin de establecer sus condiciones de legibilidad, es decir, fundar un lugar y un tiempo –un lector– para su obra. En la inscripción de esta apuesta ocurren dos desplazamientos sutiles: del deseo de la obra al deseo de la propia escritura y, de la experiencia literaria, a su interpretación moral. Estos movimientos pueden entenderse como manifestaciones contingentes de una tensión inherente al discurso crítico. La apuesta por la ilegibilidad de la literatura *saeriana* acaba reduciéndola a un valor institucional.

Siguiendo el derrotero institucional, Analía Gerbaudo y Betina Prenz indagan, a partir de la trayectoria inexplorada de Juan Octavio Prenz, de qué manera las migraciones forzadas provocadas por la violencia política estatal en la Argentina, ya sea debido a causas ideológicas o económicas, han tenido efectos paradójicos en términos de institucionalización e internacionalización de los estudios literarios. En esos exilios, los agentes acumularon capitales específicos, simbólicos y sociales que fueron aprovechados por las instituciones que los acogieron a su retorno al país. Incluso los agentes que no retornaron contribuyeron a la institucionalización de los estudios literarios en la Argentina y a su circulación internacional, complejizando el debate que Jorge Panesi enunció en términos especulares y paradójicos: “Los que se van, los que se quedan”. Un sonido perturbador en este ensayo funciona como un indicio de que la crítica no ha quedado exenta de las transformaciones de la lengua en la posdictadura: en la relación de la figura de la “migración forzada” con el concepto de “desaparición forzada”, esta investigación no sólo reabre un debate que parecía haber alcanzado su punto final sino que también productiviza el vocabulario de las luchas por la memoria, la verdad, la justicia, exhibiendo en qué medida la biografía de la crítica puede leerse como la biografía (familiar) de la Argentina. Betina Prenz revisa los papeles y la historia de su padre, para reponer, en colaboración con Analía Gerbaudo, una parte de la historia institucional de la teoría y la crítica.

Maximiliano Crespi exhuma la ensayística temprana de Regina Elena Gibaja, esa figura que junto con Adelaida Gigli, representa el borde “femenino” en los debates del grupo *Contorno*. La lectura rigurosa de Crespi apuesta a un acercamiento inédito a esta crítica tan original como desconocida, haciendo foco en el modo en que pensó las mitologías de “lo femenino” y los procesos de construcción y justificación de imagen de la mujer en el contexto cultural argentino del siglo XX a la luz de un enfoque de matriz marxista-existencialista. Presenta así una lectura del proyecto intelectual e institucional desarrollado por Gibaja desde sus comienzos y formación en el grupo de las revistas *Contorno* y *Centro* hasta su posterior inserción académica e institucional en el campo de la investigación sociológica aplicada latinoamericana. En ese marco, busca especialmente iluminar la labor política e intelectual de una autora por lo general excluida del reconocimiento tradicionalmente atribuido a los “hombres” de la llamada “generación del 55”.

Raúl Antelo, por su parte, revuelve los setenta a partir de su exhumación de *Argumento*, una revista de breve duración que se publica en Brasil en 1973. Más que la revista en sí misma aquello que le interesa analizar son las intervenciones de algunos de los colaboradores como Antonio Candido y, sobre todo, las reflexiones en torno al cine de Paulo Emilio. Lo más

sugestivo de la revisión del cruce literatura y desarrollo que propone Antelo está en el recorrido que traza; antes que buscar los puntos de convergencia que refuercen una imagen homogénea prefirió perseguir las líneas de fuga, esas que se inscriben a partir de los postulados teórico críticos de Emilio. El recorrido propone reemplazar la matriz del materialismo dialéctico por la benjaminiana del materialismo antropológico y desde allí relevar las desigualdades temporales, los anacronismos que se manifiestan en los modos disidentes de pensar las comunidades, por ejemplo. Esos ensayos, en sintonía con las preocupaciones de Annick Louis, plantean una idea contemporánea de comunidad, que se aleja y discute con la idea de nación entendida como totalidad homogénea, así como también de las matrices progresistas y evolutivas de la historia y de las lecturas unilaterales de las relaciones entre un supuesto centro y una supuesta periferia. De esa manera, Antelo además de exhumar los 70, interpela la imagen más canónica de los 70 (la de la lucha armada y el cosmopolitismo). Reactiva la superversión contracultural de aquellos años y su intento de remodelar el cuerpo colectivo: un cuerpo comunitario que no es un cuerpo identitario sino un cuerpo elusivo que no necesariamente posee un significado coherente o no contradictorio.

En suma, en la *Parte I: Mutaciones en el cuerpo de la crítica* agrupamos aquellos ensayos que, a través de objetos, temas, problemas, extienden los márgenes de la crítica, o mejor, delinean nuevos contornos. Para nosotras, además de las propias mutaciones, en el conjunto reconocemos, a pesar de las diversas operaciones, un gesto común al que percibimos más afín a la invención que a la conquista. El mayor potencial crítico de estos trabajos depende de su capacidad de problematización y de la consecuente creación de objetos, perspectivas y campos de análisis. En este sentido, sus principales efectos de lectura se explican menos en correlación con las modas que impone la agenda crítica que con la persecución de los deseos y obsesiones que configuran las diversas subjetividades de los críticos y las críticas.

En la *Parte II Exhumaciones insumisas* reunimos los textos que trabajan con materiales “marginales”, “no leídos”. Si calificamos de “insumisas” a tales exhumaciones es porque no se dejan fascinar por el aura (el fetiche) de lo menor ni tampoco se someten a los designios de la corrección política. En estos trabajos de archivo se vislumbra un desplazamiento desde la crítica literaria hacia la historia literaria, sus preocupaciones y sus métodos, y no a la inversa, como se ha identificado en los últimos años. Especialmente queremos destacar la tensión entre el rasgo de actualidad que podría reconocerse en la predisposición hacia el archivo y el carácter inactual que enfatizan las lecturas. El descubrimiento de esta paradoja nos exime de interpretar las tareas de archivación como meras acciones reparadoras; mucho más que asumirse como operaciones de rescate (*archivo* en muchos casos se ha vuelto un eufemismo de *historicismo*), estas lecturas quieren auscultar el impacto que tienen los objetos exhumados sobre el estado de las cosas. En tal sentido, logran perforar la idea consensuada de una época entendida como un conglomerado de convergencias. No nos parece casual que en ese ademán punzante, los ensayos muestran destellos de una vida en donde la política torció la historia de la literatura y de la crítica.

Agradecemos a los autores y las autoras por sus generosas y brillantes contribuciones y al comité de redacción de *Estudios de Teoría Literaria* por la hospitalidad y el apoyo incondicional en el proceso de edición de este dossier.

Obras citadas

Butler, Judith. “¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault.” *Brumaria 7: Arte, máquinas, trabajo inmaterial*, diciembre, 2006.

De Sutter, Laurent. *Poscrítica*. Isla desierta, 2021

Eribon, Didier. *La sociedad como veredicto. Clases, identidades, trayectorias*. Traducido por Horacio Pons, El cuenco de plata, 2019.
Lavagetto, Mario. *Eutanasia della critica*. Einaudi, 2005.